

Ana Luisa Liguori, Miguel Ángel González Block

Los aportes de la antropología a los estudios del SIDA*

En términos muy generales, se ha definido a la antropología como la ciencia que estudia al hombre en su contexto cultural. A pesar de esta vastísima definición, en la práctica y a través del tiempo se han ido definiendo y diversificando tanto sus campos concretos de estudio como sus herramientas teóricas y metodológicas. La antropología clásica se dividía en cuatro grandes ramas: arqueología, etnología, antropología física y lingüística. Hoy en día se pueden agregar a esta lista muchas otras especialidades y subespecialidades, como la antropología económica, la urbana, la médica o la etnohistoria por mencionar sólo algunas. Así mismo, se han abierto nuevos campos de reflexión y de investigación, como el estudio de lo simbólico y la producción de sentido, que parten de la semiótica —concepto derivado de la lingüística—, en los que trabajan muchos antropólogos contemporáneos.

Este artículo no es el lugar adecuado para discutir si la antropología es o no una ciencia, ni el tipo de ciencia de que se trata, ni cuáles han sido sus diversas corrientes, ni su evolución. Más bien nos circunscribiremos a los aspectos de la antropología que pueden resultar relevantes para los estudios sobre el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA).

La antropología nace en la época de la Ilustración y se consolida como una disciplina científica y empírica en la época del colonialismo europeo del siglo pasado.

* Los autores agradecen los valiosos comentarios de Héctor Tejera y de Hortensia Moreno.

Por mucho tiempo, en la práctica, se limitó al estudio de las sociedades consideradas “primitivas”. El paso de las teorías evolucionistas a las funcionalistas conllevó una visión totalizadora de la cultura que marcó una de las concepciones fundamentales de esta ciencia; no podía entenderse una parte de la sociedad sin entender todas las demás. De aquí se derivó la técnica que los antropólogos desarrollaron para conocer las sociedades que estudiaban, y que constituye la técnica antropológica por excelencia: la observación participante. Para poder conocer *todos* los aspectos de un grupo, los antropólogos necesitaban pasar una larga temporada —a veces de años— dentro de estas sociedades. Otra razón por la que debían pasar largas temporadas en contacto con las comunidades estudiadas era porque se percataban de que su presencia alteraba la vida comunitaria, y necesitaban mucho tiempo para ganarse la confianza de sus miembros, y así, llegar a conocerla a fondo.

En la historia de la antropología existieron investigadores que se interesaron de manera especial por las costumbres sexuales de los pueblos. Sobresalen los estudios de Malinowsky y los de Margaret Mead. El primero escribió *Sexo y represión en la sociedad primitiva* y *La vida sexual de los salvajes*, y la segunda *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas* y *Creciendo en Samoa; un estudio de la adolescencia y el sexo en sociedades primitivas*, entre otras obras. Mead y Malinowsky, desde perspectivas teóricas distintas, hicieron registros muy detallados de los cortejos, la ini-

ciación sexual, los tabúes, el parentesco y las costumbres matrimoniales, entre otros aspectos, de las culturas de los pueblos que estudiaban.

Algunas de las conclusiones más relevantes que se pueden extraer del conjunto de trabajos antropológicos de este siglo que abordan temas ligados con la sexualidad es que no existen normas universales que la rijan, como tampoco roles sexuales universales. Cada sociedad norma sus prácticas y roles sexuales con base en su cultura. El hombre, a diferencia de los animales, es capaz de liberar su energía sexual en casi cualquier objeto. Sin embargo, crecer dentro de una determinada cultura normará su comportamiento, clasificando y por lo tanto diferenciando la conducta aceptable de la inaceptable; donde, a través de tabúes explícitos o implícitos, está regulada la relación con ciertos objetos claves para la reproducción y la sobrevivencia socialmente ordenada.

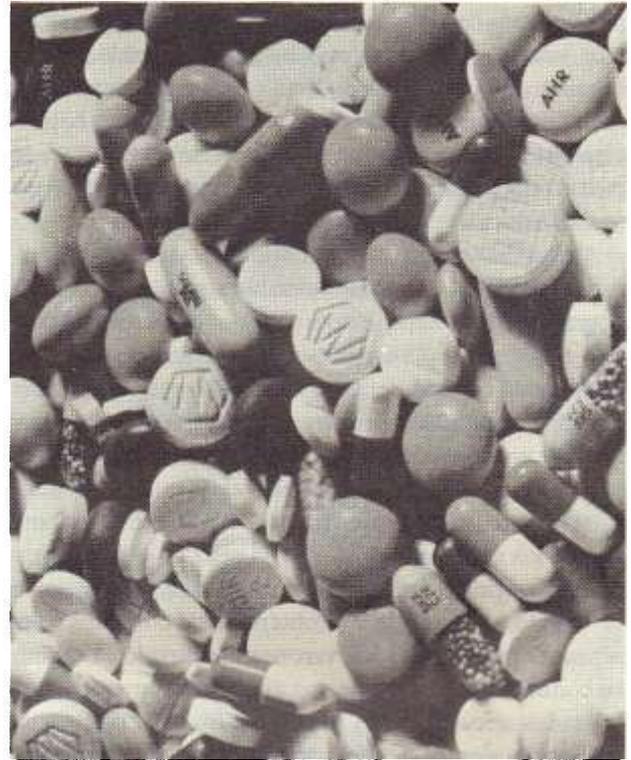
La antropología, por sus objetos de estudio tanto tradicionales como actuales y por su metodología específica, es una ciencia adecuada para abordar diversos problemas en torno al SIDA. Así, por ejemplo, la antropología física, que estudia grupos humanos desde la perspectiva biológica, podría participar en investigaciones sobre las diferencias que existen entre las enfermedades oportunistas que afectan a distintos grupos de la población mexicana.¹ Es necesario analizar esas diferencias según los estratos socioeconómicos, los factores de riesgo y el sexo de los individuos.

En cuanto a la antropología social, el campo que le abre a los investigadores con respecto al SIDA es muy vasto. Dicha enfermedad ha mostrado lo poco que se ha estudiado y lo poco que se sabe sobre la sexualidad de los mexicanos, y lo mucho que hace falta investigar. El SIDA nos conduce a un replanteamiento moral de la sexualidad. La urgencia de prevenir la transmisión implica conocer y hablar de temas que antes permanecían ocultos.

La convulsión social de finales de los años sesenta dio lugar a una revolución sexual en los setenta y a los movimientos de liberación femenina y homosexual. La aparición del SIDA a principios de los ochenta viene a su vez a significar cambios y cuestionamientos en las prácticas sexuales que se estaban consolidando.

¹ Investigaciones de este tipo ya han sido iniciadas por médicos como Jeserum y Ponce de León del Hospital General y el Instituto de la Nutrición Salvador Zubirán, respectivamente.

La gravedad de la problemática abierta por el SIDA exige respuestas. La antropología podría abordar problemas como los siguientes: ¿cómo se construye y reproduce la sexualidad de los mexicanos?, ¿cuáles son, dentro de nuestro contexto social, los valores culturales de los diversos grupos con respecto a la masculinidad y a la femineidad?, ¿cómo se norman y codifican las relaciones sexuales en nuestra cultura?, ¿qué simboliza la aparición del SIDA?, ¿de que manera la enfermedad está cambiando las prácticas sexuales?, ¿por qué se estigmatiza a quienes se enferman?, ¿cuáles son las prác-



ticas sexuales culturalmente determinadas que favorecen la propagación del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) o que dificultan los cambios de conducta necesarios para evitar los riesgos? Esta última pregunta es la que nos hemos propuesto responder en la investigación que estamos realizando en la actualidad, y es con la que ilustraremos de manera concreta los aportes que puede hacer la antropología al estudio sobre el SIDA.

En México, la vía fundamental de transmisión del VIH ha sido, y seguramente seguirá siendo, la sexual. La drogadicción es casi inexistente como factor de riesgo

y la transmisión por transfusión sanguínea perderá importancia a largo plazo, debido a la detección obligatoria de toda la sangre que se transfunde en el país a partir de mayo de 1986.

Las encuestas sobre el tema de la sexualidad tienen poca probabilidad de ser contestadas con veracidad, por constituir una actividad íntima de la que difícilmente se habla. Por el contrario, la técnica de la observación participante tiene más probabilidades de aportar información cualitativa confiable sobre el tema. Cuando nos propusimos investigar sobre el SIDA, por haberlo considerado un problema prioritario de salud pública, nos llamó la atención la rapidez con que se estaba extendiendo la infección entre la población femenina. Si la infección había comenzado, fundamentalmente, entre hombres homosexuales que habían viajado al exterior o que se habían contagiado en el país al relacionarse sexualmente con extranjeros, ¿cómo se estaban infectando las mujeres?

Después de tomar en cuenta la transfusión sanguínea, la respuesta apuntaba necesariamente hacia la bisexualidad masculina. Lo poco que encontramos al consultar literatura sobre el tema, fueron unos artículos de finales de los años setenta, realizados en Guadalajara por el investigador norteamericano M. Carrier, que estudió homosexuales de esa ciudad e hizo observaciones en torno a los roles sexuales en la sociedad mexicana. Carrier señala que "un porcentaje relativamente alto de los varones mexicanos, tal vez una mayoría, participan en prácticas homosexuales en algún momento de sus vidas". Este autor también señala cómo los roles sexuales presionan a los varones afeminados a definir su conducta sexual desde una edad muy temprana. Son acosados sexualmente y llevados o bien a modificar su comportamiento, o bien a ser objetos sexuales accesibles identificados con las mujeres (es decir, entre otras cosas, a dejarse penetrar). Su trabajo reforzaba la hipótesis que comenzábamos a formular. Nos pareció necesario profundizar sobre las implicaciones que tenían fenómenos culturales como los roles estereotipados del hombre y la mujer, las actitudes derivadas del doble patrón de moral sexual y cómo estos valores se permeaban en las relaciones homo y bisexuales. Así, en nuestra sociedad, de los hombres se espera fortaleza, valor, agresividad, etc.; de las mujeres sumisión, obediencia, complacencia, lealtad, etc. Lo común es que ellos tengan vida sexual activa desde una edad temprana. Una vez casados, tienen una vida social intensa al

margen de sus esposas, lo cual incluye relaciones sexuales extramaritales. En cambio, la mujer debe casarse virgen y permanecer fiel al marido sin cuestionar su conducta. En muchas ocasiones los hombres, sobre todo en los estratos bajos, encontrarán que otros hombres que se dejan penetrar por ellos son una alternativa accesible para sus desfuegos sexuales, puesto que otras mujeres pueden significar mayores gastos económicos o puede ser más difícil el acceso a ellas. A esto se añade el hecho de que es una conducta socialmente aceptada: los hombres que se comportan de esta manera, no se consideran a sí mismos homosexuales ni son estigmatizados como tales, sobre todo si tienen relaciones sexuales con mujeres en forma regular (ya sean sus esposas u otras). Este tipo de conducta, hipotetizábamos, debía encontrarse más extendida entre estratos socioeconómicos bajos e inclusive acentuada por fenómenos como la migración (interna o internacional), sobre todo en la medida en que se realiza sin la familia.

Esto nos condujo a otra pregunta. La infección había comenzado entre personas de estratos socioeconómicos medios y altos, pero se empezaba a notar una propagación en estratos socioeconómicos bajos. Las prácticas sexuales —determinadas culturalmente— que podían favorecer la propagación del VIH ¿eran las mismas en los distintos estratos económicos?

De ser cierto lo que suponíamos, la infección se estaría extendiendo de manera importante entre los estratos socioeconómicos bajos, con el bisexualismo como un factor de riesgo más importante entre ellos que entre los estratos altos y como el elemento que estaba actuando como puente de entrada a la población femenina.

Planteamos por lo tanto una investigación en tres etapas. En la primera, analizamos en los registros obligatorios del sector salud desde los primeros casos registrados en el país hasta los de finales de septiembre de 1988, el comportamiento del SIDA. Comenzamos por hacer una estratificación social según la ocupación de los enfermos. Redujimos las ocupaciones a seis categorías, con base en el grado de especialización; a su vez, agrupamos éstas de dos en dos para así definir los estratos altos, medios y bajos. Realizamos cruces con diversas variables y analizamos la información con la ayuda de un epidemiólogo y un matemático. A grandes rasgos, los resultados indican que:

1) Los casos mostraron una mayor concentración en

estratos altos. Sin embargo, la velocidad con la que se incrementaron los nuevos casos fue mucho mayor en los bajos. Esto permite suponer que, dentro de un corto lapso, el mayor número de casos se concentrará en los estratos bajos.

2) La frecuencia del factor de riesgo reportado como causa del SIDA mostró diferencia entre estratos. Considerando únicamente al total de casos de transmisión sexual, el porcentaje de prácticas homosexuales fue más elevado en los estratos medios y altos que en los bajos. En contraste, el porcentaje de riesgo de transmisión bisexual fue mayor en los estratos bajos que en los medios y altos.²

A mediados de noviembre iniciamos la segunda etapa de la investigación realizada con técnicas antropológicas. En ella nos interesa corroborar de manera cualitativa los resultados que arrojó nuestro análisis estadístico. Para hacerlo elegimos un grupo de obreros de la construcción. Un investigador pasará alrededor de cuatro meses en una construcción, realizando observación participante entre los albañiles. Este grupo nos permite comparar migrantes temporales con personas que habitan en forma permanente en el Distrito Federal. Este punto nos parece especialmente relevante, ya que de ser cierto que existe dentro de la cultura sexual de este grupo la bisexualidad particular a la que hemos hecho refe-

rencia, un factor como el de la migración puede ser un detonador de prácticas sexuales que hagan aumentar de forma importante el riesgo de transmisión del VIH.

Una vez concluida la segunda etapa, se decidirá la pertinencia de realizar una tercera etapa, que consistiría en una encuesta representativa sobre conducta sexual, formulada con base en los resultados de la fase anterior. Así mismo, se plantea diseñar materiales educativos para prevenir esta enfermedad, con base en los mismos resultados. Se buscará repartirlos en las obras de construcción del sector formal, que son a las que tenemos acceso.

Como antropólogos tenemos la opción de realizar este tipo de investigaciones complejas tomando herramientas de otras disciplinas. Existen muchos ejemplos donde esto se ha llevado a cabo con buenos resultados. Sin embargo, existe otra alternativa: el trabajo interdisciplinario. En problemas prioritarios y complejos como el del SIDA, pensamos que vale la pena hacerlo, y es el camino por el que hemos optado. La participación de médicos, epidemiólogos, matemáticos, sociólogos y psicólogos, entre otros, puede enriquecer las investigaciones sobre este tema. Quisiéramos finalmente enfatizar que dentro de la perspectiva de la investigación interdisciplinaria sobre el SIDA que proponemos, la antropología tiene mucho que aportar.

² Los resultados de esta primera etapa de la investigación se publicarán próximamente en la revista *Salud Pública*.